

pilotos, marineros, hasta los oficiales de la corona y el mismo sobrino de su mujer se habian pasado á los rebeldes. Estaba «solo contra todos.» Ya anteriormente habian quedado agotados sus argumentos y sus persuasiones. Contra lo inexorable de semejante resolucion y la siniestra unanimidad de tal violencia, no le quedaba siquiera el recurso de un nuevo argumento; ademas de esto, el miedo ni escucha ni ratiocina. Y sin embargo, consiguió desarmar el furor, calmar el espanto y someter aquellos ánimos irritados que el instinto de la conservacion impelia al crimen! Pero no solamente no cedió á sus órdenes ni amenazas, sino que hasta se atrevió á prohibir las protestas y súplicas; y, al terminar su amonestacion, les declaró con tono de autoridad «que por lo demas sus quejas serian inútiles; porque él habia partido para ir á las Indias, y que intentaba continuar su viaje hasta hallarlas con el auxilio de Nuestro Señor (1).»

¿De qué manera aquella exasperacion de los ánimos, aquella animosidad aumentada por el feroz instinto de la conservacion, cedió repentinamente en presencia de un extranjero, solo y aborrecido, cuya palabra ya no era escuchada, cuyo grado y autoridad habian sido desconocidos, y que ya invocaba en vano el nombre de los reyes? Esto es lo que no podria explicar humanamente ningun marino, ningun filósofo, ningun hombre y ni siquiera el mismo Colon. Por esto no atribuía él este triunfo á su superioridad, ni á su continente severo y tranquilo ante los rebeldes, cuya ira obligó á doblársele respetuosamente. Algunos meses despues de este buen resultado, humanamente imposible, confesaba que cuando «sus marineros y su tripulacion estaban todos resueltos de comun acuerdo á volverse, y se rebelaban contra él, descomediéndose hasta amenazarle, el eterno Dios le habia dado esfuerzo y valor necesarios y le habia sostenido solo contra todos (2).»

Aquella rebelion, desencadenada bajo la oscuridad de la noche, quedó disipada ántes del amanecer.

§ VII.

Dios, que habia sostenido á Colon contra el desbordamiento de las iras engendradas por el miedo, manifestó su presencia desde el amanecer. No obstante la serenidad de la atmósfera, la suavidad de las brisas embalsamadas, se alborotó el

(1) «Y añadia que por demas era quejarse, pues que él habia venido á las Indias, y que asi lo habia de proseguir hasta hallarlas con el ayuda de Nuestro Señor.»—*Miércoles, 10 de octubre.*

(2) «Los cuales todos á una voz estaban determinados de se volver y alzarse haciendo contra él protestaciones, y el eterno Dios le dió esfuerzo y valor contra todos.»—*Jués, 14 de febrero.*



Nadie se atrevió hasta los oficiales de la corona y el mismo sobrino de su mujer se había unido á los rebeldes. Estaba «soló contra todos.» Ya anteriormente habia quedado agotados sus argumentos y sus persuasiones. Contra lo inexorable de semejante resolucion y la siniestra unanimidad de tal violencia, no le quedaba siquiera el recurso de un nuevo argumento; además de esto, el miedo ni escucha ni raciocina. Y sin embargo, consiguió desarmar el furor, calmar el espanto y someter aquellos ánimos rebeldes que el instinto de la conservacion impella al crimen! Pero no solamente no cedió á sus ordenes ni amenazas, sino que hasta se atrevió á prohibir las protestas y suplicas; y, al terminar su amonestacion, les declaró con tono de autoridad «que por lo demás sus quejas serian inútiles; porque él habia partido para ir á las Indias, y que intentaba continuar su viaje hasta hallarlas con el auxilio de Nuestro Señor (1).»

De qué manera aquella exasperacion de los ánimos, aquella animosidad aumentada por el forz. instinto de la conservacion, cedió repentinamente en presencia de un extranjero, solo y aborrecido, cuya palabra ya no era escuchada, cuyo grado y autoridad habian sido desconocidos, y que ya invocaba en vano el nombre de los reyes? Esto es lo que no podría explicar humanamente ningun marino, ningun filósofo, ningun hombre y ni siquiera el mismo Colon. Por esto no atribula él este triunfo á su superioridad, ni á su continente severo y tranquilo ante los rebeldes, cuya ira obligó á doblársele respetuosamente. Algunos meses despues de este buen resultado, humanamente imposible, confesaba que cuando «sus marineros y su tripulacion estaban todos resueltos de comun acuerdo á volverse, y se rebelaban contra él, descomediéndose hasta amenazarle, el eterno Dios le habia dado esfuerzo y valor necesarios y le habia sostenido soló contra todos (2).»

Aquella rebelion, desordenada bajo la oscuridad de la noche, quedó disipada antes del amanecer.

§ VII.

Dios, que habia sostenido á Colon contra el desbordamiento de las iras engendradas por el miedo, manifestó su presencia desde el amanecer. No obstante la serenidad de la atmósfera, la suavidad de las brisas embalsumadas, se alborotó el

(1) Y añadía que por demás era quejarse, pues que él habia estado á las Indias, y que así lo habia de hacer con el auxilio de Nuestro Señor. (2) «Cuando todos á una voz estaban determinados á volverse, y se rebelaban contra el protestando, el eterno Dios le dio esfuerzo y valor contra todos rebeldes.» (3) de J. de Torres.



COLÓN APACIGUA EL COMPLETO TRAMADO Á BORDO.

mar. Levantáronse oleadas inmensas que impelían las carabelas con fuerza no experimentada todavía. Dejáronse ver innumerables tableros. Muy cerca de los costados de la *Santa María* pasó un junco verde. Poco despues la tripulacion de la *Pinta* vió una caña y un palo, despues otro palito que parecía labrado con hierro, un monton de yerba terrestre y una tabla pequeña. La *Niña* tuvo tambien su hallazgo: una rama de árbol cargada de pequeñas frutas encarnadas. Estas señales mantuvieron la esperanza de los marinos durante aquel día. El espacio recorrido aquel día había sido extraordinario; se habían andado veintisiete leguas.

El sol se sumergió resplandeciente en el mar solitario. El círculo entero del horizonte ofrecía á la vista su pura línea de azul. Ningun vapor permitía la ilusion de cercana tierra. De repente, como por inspiracion súbita, hizo Colon emprender otra vez la primera ruta y mandó al timonel que pusiera francamente la caña del timon al oeste.

Despues, cuando se hubieron aproximado las carabelas, y se hubo cantado, segun la regla establecida en su buque, la oracion á la Virgen, la *Salve Regina*, reuniendo á los individuos de la tripulacion, les dirigió una tierna alocucion en que les recordó los favores de que les había colmado el Señor durante la travesía (1), dándoles sin interrupcion tiempos favorables, habiéndoles llevado prodigiosamente á las latitudes donde no había penetrado nunca ninguna embarcacion, habiéndoles conducido con tan paternal bondad á los temidos espacios del MAR TENEBROSO. Esforzóse en imbuirles en el ánimo la gratitud para con el autor de tantos beneficios; y les confió despues que tocaban al término de sus inquietudes y esperanzas. Anuncióles finalmente la proximidad de la tierra, aunque su vista no llegara entónces á descubrir nada, y les aseguró que aquella misma noche llegarían al término de su viaje. En su consecuencia, les encargó que velaran toda la noche, y les invitó á que pasaran aquel tiempo en oracion (2), porque de seguro ántes del día descubrirían alguna isla. Mandó á los pilotos de servicio que disminuyeran la velocidad despues de la media noche, y prometió, ademas de la cantidad ofrecida por la reina, un jubon de terciopelo (3) al primero que señalara la tierra.

El comandante se retiró á su camarote. ¿Qué pasó entónces en el secreto de su retiro? ¡Cuánto debió ser el fervor de su oracion viéndose tan cerca de la realizacion de sus esperanzas! ¡con qué tierna efusion debió dar gracias «á su Divina Majestad» por su constante proteccion!

(1) «Egli parlo á tutti in generale, raccontando le grazie che Nostro Signore aveva lor fatte.»—Fernando Colon, cap. xxi.

(2) Herrera, *Historia general*, etc. Década 1, lib. 1, cap. xii.

(3) Las Casas dice un jubon de *seda*, y Fernando Colon un jubon de *terciopelo*, «un guibbon di veluto.» Adoptamos con preferencia la palabra de este último, como más natural y más verosímil.

A eso de las diez (1) subió Colón á la toldilla. Apenas llegado á ella notó á lo lejos una luz; pero al traves de la masa oscura de la atmósfera, no quiso asegurar que fuese una señal cierta de próxima tierra. Llamó á un oficial de la casa del rey, Pedro Gutiérrez, empleado en la custodia del mobiliario de la corona, y le pidió que á su vez mirara en aquella direccion. Pedro Gutiérrez vió claramente que aquello era una luz. Llamó entonces el comandante al comisario de marina Rodrigo Sánchez de Segovia para mostrársela; pero durante el tiempo que éste empleó en subir al entrepuente de popa, la luz había desaparecido. Despues de cierto intervalo reapareció aquella claridad una ó dos veces; asemejábase á una llama que subía y bajaba alternativamente. Por aquel movimiento, sin importancia para el resto de los marinos, se aseguró Colón de la proximidad de la tierra.

La escuadrilla seguía su rumbo tranquilamente.

Á media noche, segun las órdenes del comandante, los buques navegaban con poca vela. Parecían andar con mucha lentitud, y, sin embargo una corriente los impelia con mucha violencia hacia el Oeste. La *Pinta*, que era muy velera, se hallaba mucho más adelantada que las otras dos carabelas. En cada una de éstas la expectacion era general y extrema la impaciencia. Los corazones latían de esperanza, electrizados como estaban por la solemne afirmacion del comandante. Nadie dudaba, y por esto nadie durmió. Cada cual devoraba el espacio, y sumergía en las sombras su mirada escrutadora. Brilla de repente un resplandor y retumba un cañonazo en el espacio. Las tripulaciones saltan de alegría: ¡aquella señal lo era del descubrimiento de tierra! Un marinero de la *Pinta*, llamado Juan Rodríguez Bermejo, la había visto. El reloj de la *Santa María* marcaba entonces las dos de la madrugada. Al ruido de la detonacion, arrodillóse Cristóbal Colón, y alzadas al cielo ambas manos, mientras que corrían por sus mejillas abundantes lágrimas de gratitud, entonó el *Te-Deum laudamus*, y todas las tripulaciones, fuera de sí de alegría, respondieron á la voz de su jefe.

Hasta despues de haber cumplido con el deber religioso, no se dió suelta á la alegría de que rebosaban los corazones. Inmediatamente se obró un movimiento indescriptible en los tres buques. Una orden de Colón hizo aferrar las velas; sólo se dejó el trece, y se pusieron al paio para esperar el día. La prudencia del jefe, que no descuidaba nada, pensaba en poner la escuadrilla en estado de defensa; porque se ignoraba lo que les esperaba á la vuelta del sol. Bruñíanse las armas; preparábase el grande anclaje: los parientes y los amigos se felicitaban. Toda la tripulacion de la *Santa María* se presentó delante de su jefe para ofrecerle sus respetos y tributar homenaje á su talento.

(1) «Due ora avanti mezza notte.»—Fernando Colón, cap. XXI.

CAPÍTULO VIII.

LA ISLA DE SAN SALVADOR.—SANTA MARÍA DE LA CONCEPCION.—EL ARCHIPIÉLAGO DE LAS LUCAYAS.—LA ISLA FERNANDINA, LA ISLA ISABEL.—BUSCA DEL ORO.—LA ISLA DE CUBA.—EL MAR DE NUESTRA SEÑORA.—EL PUERTO SANTO.—AMOR DE COLÓN Á LA NATURALEZA.—LA ISLA IMAGINARIA DE BABECA.—DESCUBRIMIENTO DE LA ESPAÑOLA.—NAUFRAGIO DE LA SANTA MARÍA.—HOSPITALIDAD DEL REY GUACANAGARI.—PRIMER ESTABLECIMIENTO DE LOS EUROPEOS EN LAS ANTILLAS.

§ I.

El viérnes, 12 de octubre de 1492, al asomar los primeros fulgores del día, vióse desprenderse prontamente de las sombras, y dibujarse como si saliera de las aguas, una tierra efflorescente, cuyas arboledas doradas con los primeros rayos del sol exhalaban aromas desconocidos y hechizaban la vista con su risueña perspectiva. Adelantándose las carabelas descubrieron una isla bastante extensa, llana y sin apariencia de montañas. Espesos bosques limitaban el horizonte; por entre los claros brillaba el agua pura de un lago. Las ondulaciones del terreno cubierto de vigorosa vejetacion, delineaban una espaciosa playa, hácia la cual se dirigieron.

Luégo que dieron fondo, penetrado Colón de recogimiento, cubierto de un manto de escarlata, traje de su dignidad, y ostentando en el estandarte real de la expedicion la imágen de Nuestro Señor Jesucristo, bajó á la lancha, seguido de su estado mayor. Los capitanes de la *Pinta* y de la *Niña*, con la bandera de la empresa en sus manos, se colocaron cada uno en su bote con un destacamento perfectamente armado. Las tres embarcaciones abordaron la playa despues de cortos momentos de remar impacientemente.

Radiante Cristóbal Colón de entusiasmo, mudo de felicidad, se lanzó á la orilla con ardor juvenil. La dicha le daba nuevas fuerzas. Apenas hubo tocado aquella tierra nueva, plantó fervorosamente en ella el estandarte de la Cruz, y no pudiendo contener su gratitud, se prosternó ante el supremo Autor del Descubrimiento.